

En semejanza, en belleza,
No es la copia, es la verdad.
No tiene el contorno duro
Que tienen las esculturas
Obra de las criaturas,
Su fría inmovilidad.

No; sus contornos despiden
Leve vapor, les circunda
Vaga luz, que les inunda
En gracia, en vida, en calor.
Se percibe al acercarse
El grato olor del cabello
Cuyos rizos de su cuello
Ondean en derredor.

Se vé que sus bellos ojos,
Aunque hechos de plata dura
Como toda la escultura,
Reciben la claridad,
Y parece que en su centro
Reside aun, goza existencia
La mortal inteligencia
De su muerta humanidad.

Parece que aun sus oídos
Están á la voz abiertos,
Y los vocablos inciertos
Van de su labio á salir:
Y el cuerpo, detras del busto
Tal vez Genaro imagina
Que va á sacar Valentina
Para volver á vivir.

A este dulce pensamiento
Su corazón inflamado,
Todo su cuerpo agitado
De convulsivo temblor,
De su Valentina hermosa
Fijo en la imagen estaba,
Y la insensata esperaba
Realización de su amor.

Con desiguales intervalos
Lanzaba el fogoso aliento,
Y el pecho calenturiento
Se le hinchaba al respirar:
Y se le alzaba y sumía
De su amor con la tormenta,
Cual su balumbo acrecienta
Bajo la borrasca el mar.

Mirábale Federico,
Y absorto de cuanto via
Su éxtasis no comprendía
Ni su estraña agitacion.
Mas al ver su arrobamiento
Ante la bella escultura,
La fé de pasión tan pura
Respetó su corazón.

Interrumpir el silencio
No osó el mozo atolondrado,

Y permaneció apoyado
En el brazal del sillón:
Y los ojos de Genaro
Siguiendo su propia vista,
Respetaba del artista
La sublime inspiracion.

Este, parece que á alcance
De alguna ilusion divina,
Tras la faz de Valentina
Ante su espíritu esté;
Y elevado hasta la dicha
De su bienaventuranza,
Su presencia real alcanza,
Y su misma esencia ve.

Y hasta el mismo Federico,
Profano á tan gran misterio,
Se ve sujeto al imperio
Del deliquio celestial.
Y en el busto que contempla
Con dulce é íntimo goce,
A su pesar reconoce
Poder sobrenatural.

Vago resplandor fosfórico
El santuario ilumina,
Do el busto de Valentina
Está, y su ser se ve allí
Como luz tenue y purísima,
Sin foco de donde radie,
No producida por nadie,
Comprendida solo en sí.

Claridad diáfana, limpia,
Estendida y trasparente,
Desvanecida igualmente
Del aposento en redor,
Que en ningún término espira
Ni de ningún punto emana,
De una tranquila mañana
Semeja el temprano albor.

Y de esta luz circundado,
Bañado en su esencia pura,
Un manantial de ventura,
De positiva ilusion
Encuentra Genaro, y goza
Dulcemente aquella esencia
Que da una nueva existencia,
Nuevo ser al corazón.

En el espacio tranquilo
De aquel éxtasis solemne,
Inexplicable, perenne,
Gozó celestial placer;
E identifica su alma
Con el ser de Valentina,
En cuya esencia divina
Ve al amor, no á la mujer.

Y de este amor perfectísimo
En los deleites perfectos,

En los divinos afectos,
En la santa realidad,
Embebecido Genaro
Y en fruicion misteriosa,
Con Valentina reposa
En invisible unidad.

Misterio que solamente
Concebir Dios ha podido,
Y á los justos concedido
Únicamente por Dios;
Mística union de dos almas,
En que sin violencia alguna,
Gozan entrambas en una
Todo el placer de las dos.

Ante este oscuro y recóndito
Misterio del alma, calla
Y con su razon batalla
Federico, sin caer
En lo que tanto Genaro
Gozaba embebecido ahora,
Ni en lo que en el busto adora,
Si al arte ó á la mujer.

Tal vez sospecha que vuelve
A su pasada locura
Contemplando la hermosura
De aquel busto de metal,
Y sospecha que esta caja
Donde encierra cuanto adora
Es su caja de Pandora,
Donde él custodia su mal.

Por fin tras largo silencio
Aquel triste objeto caro
Iba á apartar de Genaro
Movido de compasion,
Cuando él del sillón de cuero
Alzándose de repente
Esclamó con voz potente
Y acento de inspiracion:

"¡Ea! ya luce mi estrella
De bienandanza y de gloria,
Iluminado por ella
Seguro de hoy mas iré:
No habrá mas que se me oponga,
No habrá sino que me espante,
Marcharé siempre adelante
Con las alas de mi fé.

Sí, dichosa Valentina,
Ya no hay desdichas que tema:
En esta noche suprema
Sopló su espíritu en mí.
Yo oí la palabra santa
Con que una ofrenda me hiciste,
Y á fé que me la trajiste
Preciosa y digna de tí.

Federico, en este punto
Mi nueva existencia empieza,

Gloria, tesoros, grandeza,
Cuanto ambicione tendré.
Esta divina escultura
Que crees obra de mi mano,
De mi ser guarda el arcano,
De los cielos obra fué.

Y mientras guarde conmigo
Este místico amuleto,
De mi fé será en secreto
El indestructible imán:
La enseña de mi fortuna,
El iris de mi esperanza,
De mi cierta venturanza
El seguro talisman."

Nada entendió Federico
De esta arenga inesperada,
Sin duda no entendió nada;
Pero con asombro vió
Que en vez de volver Genaro
A su acceso de locura,
Con mano firme y segura
Su mazo y cincel asió.

De su empezada Madona
Púsose al punto delante,
Y vió de uno en otro instante
La creacion aparecer,
Bajo la brillante forma
De una María sublime,
Que á su casto pecho oprime
El Dios niño á quien dió el sér.

Brotaron bajo sus golpes
Los contornos peregrinos,
Y los misterios divinos
Del arte en su escelsitud;
Y en el mármol insensible
Parecieron las señales
De los goces inmortales
De santa beatitud.

Y el recato y la pureza,
Y la inocencia y la calma
Que albergó dentro del alma
La que jamas delinquiró,
Poco á poco fué mostrando
En su rostro y su postura,
La bellísima escultura,
Que el genio audaz concibió.

Y en verdad, lector benévolo,
Que fuera terquedad fátua
La de pintarte una estatua
Que no hemos visto jamás:
Figúrate tú un prodigio
Del genio humano y del arte,
Y escusa de ponderarte
Lo que te cansa quizás.

Primer aborto estupendo
Del escultor de Sevilla,

Fué su obra una maravilla,
Fué su primer escalon
Para subir á la cumbre
Del alcázar de su gloria;
Pero lector, no es mi historia
De escultura esposicion.

Preconizar no me incumbe
Del arte las excelencias,
Tócanme las consecuencias
De esta escultura esponer;
Las relaciones que tuvo
Con la historia de Genaro,
Y estas verás ¡lector caro!
En lo que vas á leer.

Eran diez meses despues,
Y las diez de una mañana
Del revuelto mes de Marzo:
Y en una anchurosa estancia
Que seis opuestos balcones
En luz todo el dia bañan,
Y que adoran por do quiera
Preciosos lienzos y estatuas:
Y en cuyo centro, de mármol
Un velador se levanta,
Sobre el cual, y bajo un velo,
Hay colocada una caja
Que en la materia y la forma
De que es hecha y trabajada,
Parece que encerrar debe
Alguna preciosa alhaja:
Sentados están dos mozos
Que con aquestas palabras
En este momento siguen
Conversacion empezada.

EL UNO.

Pues señor, todo eso es cierto,
Y es cosa en verdad que pasma.

EL OTRO.

Pues la cosa es muy sencilla.

EL PRIMERO.

No la veo yo tan clara.

EL SEGUNDO.

¡No ves el dedo de Dios?

EL PRIMERO.

Déjate de bromas.

EL SEGUNDO.

Calla.

Si tu corazon rebelde
Se niega á creer, y guarda
Tu incredulidad impia
En el fondo de tu alma.

EL PRIMERO.

Vaya, perdona, si á ofensa
Mis palabras dieron causa.

EL SEGUNDO.

No toques nunca ese punto,
Y la llevas perdonada.

EL PRIMERO.

Cambiemos pues de argumento:
¡Sabes que hoy dia no se habla
Mas que del lujo estremado
Con que vives y que gastas?

EL SEGUNDO.

Donde hay del cielo una prenda
Tan rica y tan soberana
Como la que esa cajita
Dentro de su seno guarda,
Preciso es que todo muestre
Que el don divino se acata:
Y aunque mas merece, al menos
El decoro no le falta.

EL PRIMERO.

Sí, pero el vulgo murmura,
Que tus razones no alcanza.

EL SEGUNDO.

Tranquila está mi conciencia:
El oro que me costaran
Los muebles y los tapices
Con que engalano mi casa,
Débolo solo á mis manos,
Y el pobre que lo reclama
En nombre del Sér supremo
Y de su miseria, lo halla.
¿De qué, pues, murmura el vulgo?

EL PRIMERO.

A orgullo excesivo achaca
La soledad en que vives,
La austeridad que acompaña
Tu semblante cuando escuchas,
Y tus frases cuando hablas.

EL SEGUNDO.

Yo trato á quien me visita
Como es justo que lo haga
Con quien á honrarme se acerca
O de mi amistad se agrada.
Trato con respeto y mucho
A quien trabajo me encarga,
Pues con el trabajo vivo
Que con sus monedas paga.
Si no me doy á las fiestas,
A los paseos y farsas,
Y al estrépito del mundo,
No alcanzo por qué lo estrañan
Mis obras son infinitas,
Y siempre el tiempo me falta
Para cumplir como debo
Trabajando la jornada
Toda entera, mientras dura
La luz que me es necesaria.

EL PRIMERO.

Ya... pero.....

EL SEGUNDO.

Pero ya entiendo;
Hay de vagos una cáfila
Que diz que me conocieron
Y me amaron en mi infancia,

Que anduvieron á mi escuela
O cosa que se lo valga,
Que quisieran que yo hiciese
De mi estudio una posada.
Que anduvieran largamente
La botella y la baraja,
Que hubiera mozas acaso
Nada esquivas, que hubiera armas
Con que armar ruido y pendencias,
Y desórden... Noramala.

EL PRIMERO.

Pero hay muchos que te admiran,
Que hicieran de buena gana
Contigo amistad, y me honran
Con la suya noble y franca.

EL SEGUNDO.

Sí, sí, Federico mio,
A tí te harán mucha gracia
Tus amigos, mas ¿qué quieres?
A mí no me gustan nada.
Son todos, y en paz sea dicho,
Como eres tú mismo.

EL PRIMERO.

Vaya.

EL SEGUNDO.

Sí, lo que yo en tí tolero
Porque te amo con el alma,
Fuérame en ellos muy duro
Presenciar con tolerancia.
Si tú pierdes tu dinero
Y pingüe herencia malgastas,
De tu tio la heredaste,
Y de tí nadie la aguarda.
Si abusas de los licores,
Y con lengua acalorada
Ruido y pendencias provocas,
De ellas tus manos te sacan.
Y en fin, á tí te divierte
Tal vida, y así la pasas.

EL PRIMERO.

Mas si el despecho y la envidia
Sus corazones minara,
Y enemigos te se hicieran,
Y la turba deslenguada
Interpretando tus hechos
Menoscabase tu fama...

EL SEGUNDO.

Federico, si á mi honra
Injustamente tocan,
Déjara el cincel mi mano
Por la pistola ó la espada,
Y á meterles volveria
Lo dicho por la garganta:
Porque el cristal de la honra
Vapor no admite ni mancha.

EL PRIMERO.

Pues mira, Genaro, creo
Que ya que así me desairas

Para olvidar el desaire
Me vendrá pintiparada...

EL SEGUNDO.

Una botella, ¿no es eso?

EL PRIMERO.

Cabal. Con vino se apaga
El fuego de los pesares.

EL SEGUNDO.

Igual consecuencia sacas
De todo cuanto sucede.

EL PRIMERO.

No me prediques.

EL SEGUNDO.

Destapa.

Y poniéndole en la mano
Una botella lacrada,
Volvió Genaro á su asiento,
A su cincel, y á su estatua.

Y así viven los dos, y así la vida
Para entrambos á dos dichosa corre:
Derrochando su herencia Federico,
Conquistando Genaro oro y renombre.
Amigos de la infancia, aun alimentan
Dentro del corazon su llama noble,
Y recios se conservan todavía
De su franca amistad los eslabones.
Victima de recónditos pesares,
O embebecido en celestiales goces
Solo es el mismo para él Genaro,
Para el resto del mundo es otro hombre.
Severo, indiferente y silencioso,
De virtudes austeras, no responde
Su corazon de las pasiones viles
A la traidora voz y halago torpe.
El santo talisman que le protege
Fé le infunde y virtud, y dia y noche
Al pié del talisman duerme ó trabaja
Y su poder celeste reconoce.
En misteriosa union identifica
Su sér con otro sér que allí se esconde,
Y del busto de plata en la presencia
Se encanta con divinas ilusiones.
De purísimo amor dulces miradas
Halla en sus ojos de metal inmóviles,
Y en los labios del busto misterioso
Gratos acentos y murmullos oye.
Las gracias de su muerta Valentina
Vivas, puras encuentra en sus facciones,
Y sea realidad, sea demencia,
Renueva en aquel busto sus amores.
Su presencia le dá nuevo entusiasmo,
Nuevo amor á la gloria, audacia doble;
Y ardiente inspiracion dá á sus cinceles
Mágico acierto en mármoles y bronce.
Basta para que emprenda árduas fatigas,
Para que el tiempo y el trabajo arrostre,
Que el argentino busto ante sí vea,

Y que mas recompensa no ambicione.
 No tiene otra ilusion ni otra apetece,
 Toda en la imagen su atencion se absorbe
 Cual si fuera su misma Valentina,
 Y todo á su memoria lo pospone.
 Y acaso el soplo del Señor alienta
 En aquel talisman, y á las regiones
 Etéreas su espíritu levanta
 Por cima de los astros y los orbes.
 Fuente de luz y manantial de vida
 Para el amante mozo, el velo rompe
 De su terrena humanidad y su alma
 En el dintel del paraiso pone.
 ¿Y qué es la inspiracion? ¿quién da á su vuelo
 El recio impulso gigantesco, enorme
 Con que se alza el artista y el profeta
 Sobre el polvo del tiempo y las naciones?
 ¿Qué es mas que una ilusion? menuda chispa
 Que en su mente febril brotando informe
 Llega á hoguera voraz; grano de arena
 Que empieza en grano y que concluye en monte.
 Y así viven los dos; y así la vida
 Para Genaro y Federico corre;
 Y derrocha su herencia Federico,
 Y conquista Genaro oro y renombre.

Del revuelto mes de Marzo
 En la mitad de una tarde,
 De sobremesa ambos mozos
 Familiar plática traen.
 Con lisonjera sonrisa
 Y cariñoso semblante
 Oye en silencio Genaro
 Los desatinados lances
 Que Federico le cuenta,
 Entre los vapores suaves
 De su botella y su pipa
 Que le cesaltan por instantes.
 Porque Federico ahora
 Que herencia considerable
 Goza, con todos los vicios
 Estrecha las amistades.
 Pero poco acostumbrado
 A sus resultas fatales,
 Aun le turba la cabeza
 La botella, y aun le hace
 Mucha saliva el tabaco,
 Y aun entre las redes cae
 De una cortesana astuta
 Como bien se las prepare.
 Por eso inconsiderado
 Afecta por todas partes
 Las estragadas costumbres
 De los altos personajes.
 Levántase á medio dia,
 Como á las seis de la tarde,
 Y en la mayor parte de ellas
 Concluye con embriagarse.
 No como el vulgo soez
 Que dá consigo en la calle,
 Sino como el vulgo noble

Aristócrata, elegante.
 La embriaguez no le produce
 Mas efecto que alegrarle,
 Dar mas fuego á sus pasiones,
 Y á sus palabras mas sales.
 Acrecienta su valor
 Y le enardece la sangre,
 Doblándole la aficion
 De aventuras y de lances.
 En tal situacion, y en esta
 Disposicion formidable,
 Entreverando los sorbos
 De risa con los arranques,
 Y las bocanadas de humo
 Que de los lábios le salen,
 Hablaba el buen Federico
 Y el escultor escuchábale.
 Llegaban á la mitad
 De una aventura agradable
 Que aumentaba de Genaro
 La risa con cada frase,
 Cuando en la puerta del cuarto
 Un criado presentándose,
 Anunció un desconocido
 Y dijo el dueño "que pase."
 Calló Federico entonces
 Tomando exterior mas grave,
 Y levantóse Genaro
 Componiendo su semblante.
 Pareció á poco el incógnito
 Que era un viejo respetable,
 Aunque habia en su persona
 No sé qué de repugnante.
 Eran blancos sus cabellos
 Y negro todo su traje;
 Persona de distincion
 Segun exterioridades.
 Entró en la estancia con calma
 Friamente saludándoles,
 Y preguntó: ¿Un profesor
 De escultura que...?

Delante
 Le teneis, buen caballero,
 Dijo Genaro inclinándose.

EL VIEJO.

Ah! ¿sois vos?

GENARO.

Yo soy, sentaos:
 ¿Y qué teneis que mandarme?

VIEJO.

Tal vez será muy difícil
 Mi encargo.

GENARO.

Si es de mi arte,
 Confío en llevarlo á cabo.

VIEJO.

¿Oh, vuestra fama es muy grande!
 Todo el mundo me lo afirma,
 Y vuestras obras son tales
 Que...

GENARO.
 Apartemos, caballero,
 Corteses urbanidades.

VIEJO.

Escuchadme, pues. Quisiera
 Describiros el semblante
 De una mujer que ya es muerta,
 ¿Válgame Dios, y era un angel!
 Yo os diria una por una
 Sus señas y cualidades,
 Y vos haciendo un bosquejo....

GENARO.

Caballero, eso no es fácil,
 Pues todos los rostros tienen
 Tan diferente carácter,
 Que aunque fueran las facciones
 A la descripción iguales,
 Tal vez la espresion saldría
 De la verdad muy distante.

VIEJO.

Ya yo me lo imaginaba.

GENARO.

En fin, podemos si os place,
 Vos ir diciendo, y yo á un tiempo
 Dibujar, y á ver si sale.
 Vos mirareis mi dibujo
 E ireis diciendo: *mas grande,*
mas pequeño, mas abajo,
mas atrás, mas adelante,
 Yo iré corrigiendo el punto,
 Y haremos lo que se alcance.

FEDERICO.

Pues no va á ser mala droga!
 Aunque estés toda la tarde
 Y hasta la tarde del juicio,
 Apuesto que no lo haces.

VIEJO.

¿Sois tambien pintor?

FEDERICO.

Tambien.

VIEJO.

Mis ofertas son iguales
 Para ambos, si vos lo haceis
 Yo os daré....

FEDERICO.

¿Yo? Pues ya es fácil!
 Aunque me diérais mas oro
 Que lo que en la plaza cabe.

VIEJO.

¿Por qué?

FEDERICO.

Porque á mí me sobra,
 Y no prostituyo el arte.

Y así hablando Federico,
 Volvió la copa á llenarse,

Y echó tabaco en la pipa,
 En la silla arrellanándose.
 Con el semblante encendido
 Quedóse el viejo mirándole;
 Pero Genaro en tal punto
 Le dijo: Cuando gustáreis.
 Sentóse el viejo á su lado,
 Y las señas apuntándole,
 Del retrato que se intenta
 Empezó á dar semejantes.

VIEJO.

Una cabeza pequeña,
 Dividido en dos mitades
 El cabello, y hecho rizos
 En torno al cuello tornátil.
 Perfectamente. La frente
 Serena, espaciosa; que alce
 Un poco menos el pelo;
 Así.... seguid.

GENARO

Adelante.

VIEJO.

Cejas arqueadas, abiertas
 Sin entrecejo: ojos grandes,
 Rasgados, negros, y un poco
 Melancólicos y graves.
 Largas pestañas. ¡Soberbio!
 Perfectamente! Cabales!

GENARO.

¿Se parecen á los suyos?

VIEJO.

Parece que estais copiándoles.

GENARO.

Seguid, seguid.

VIEJO.

Un poquito
 Ojerosos, nada casi.
 Perfectamente. Amiguito
 [A Federico con aire de triunfo].
 Vuestra apuesta está en el aire.

FEDERICO.

¿Conque va saliendo?

VIEJO.

¡Vaya!

Y perfecto.

FEDERICO.

¿Sí, eh? ¿Qué diantre!

[Fumando con indiferencia].

VIEJO.

Está? (á Genaro).

GENARO.

Continuad.

VIEJO.

Nariz

Griega, de un perfil muy suave,
 Boca un poco desdeñosa.

GENARO.

¿Así?

VIEJO.

Así.

GENARO (*agitado*).

¿Contorno fácil
En los carrillos? . . . dos hoyos
Que al sonreirse se hacen
Graciosísimos? . . . la barba
Con dos pequeños lunares
Que apenas se ven?

VIEJO.

Cabal.

¿Pero qué os da? con el lápiz
Vais arañando el papel:
Vais el bosquejo á borrarle!

Así exclamaba el anciano,
Al dibujo abalanzándose,
Mientras Genaro convulso
Se agitaba dibujándole.
No le rompáis, le gritaba
El viejo trémulo, dádmele.
Y Genaro con voz ronca,
Sofocada y anhelante,
—¿Es eso? gritó, el retrato
De su querida mostrándole.
—¿Es ella! es ella! exclamaba
El viejo; pero mas grande,
De bulto es como lo quiero.
—Sí, vive Dios, (levantándose
Gritó Genaro), os comprendo,
Quereis un bulto palpable,
Que os presente superficie
Para abrazarle y besarle.
¡Ira de Dios! ¿esto, es esto
Lo que quereis? y agarrándole
Por las muñecas, llevóle
De su talisman delante.
Abrió furioso la caja
Y ¡oh pasmo! en lugar de hallarse
Con la cabeza de plata,
Hallaron bañada en sangre
La propia de Valentina;
Su aparicion formidable.
—¿Mi pupila! exclamó el viejo
Aterrado arrodillándose.
¿El juez! exclamó Genaro,
¿Eres tú, tú, miserable,
Su asesino! Sí, sí, el cielo
Te ha echado al rostro su sangre!
Y cayó desvanecido
Sin voz, y sin vida casi.

Duró el silencio un momento
Hasta que al fin levantándose,
Se avanzó el viejo á la puerta,
Mas Federico atajándole
Le asió del cuello diciéndole:
Conmigo irás, miserable,
Yo te llevaré arrastrando.—
—¿Adónde?

—A los tribunales.

CONCLUSION.

Dicen que el escultor se sintió herido
De enfermedad mortal desde aquel día,
Y á la par que su aliento se estinguía,
Menguaba su sangriento talisman.
Su amigo revolvió toda Sevilla,
Y á Genaro llevó cinco doctores,
Mas á pesar de ser de los mejores,
Inútil fué por fin todo su afán.

Genaro, sin dolor y sin angustia,
Se consumía lenta y dulcemente,
Como se estingue el agua en una fuente,
En el árido estio abrasador.
Ni drogas, ni remedios admitía,
Y con el mal oculto no atinando
Del lado del enfermo retirando
Poco á poco se fué cada doctor.

Y un día que miraba Federico
Desde el balcon la plaza, de repente
Gran tropel de soldados y de gente
Vió por un callejon desembocar.
Era una *ejecucion*. Venia el reo
Sobre un asnillo viejo maniatado,
Y un monje carmelita iba á su lado,
A quien no quiere el réprobo escuchar.

Sorbióse Federico un ancho vaso
De esquisito Jerez, que á mano estaba,
Y la escena confuso contemplaba,
Al reo imaginando conocer.
“Veto á Dios! (exclamó, cuando subiendo
“Clara su forma vió sobre el suplicio):
“Es el tutor. . . ¡pardiez! y está muriendo
“Como un pagano vil. . . ¡Cómo ha de ser!

“Yo quise que sus crímenes pagara
“Como era justo; pero si él no quiere
“Morir como hombre, y como perro muere,
“Allá se las avenga el confesor.”
Y esto al decir, para borrar la odiosa
Repugnante vision del triste caso,
Echóse á pechos el segundo vaso,
Sin dejar una gota del licor.

Y entonces vió que al espirar el reo,
Cruzando el aire trasparente y claro,
Las almas del tutor y de Genaro
Fueron al tribunal de Jehová.
Un meteoro impuro en sus vapores
El ánima del viejo conducía,
Y de Genaro el ánima subía
Cual nube blanca que en el viento va.

Por la estraña vision sobresaltado,
Rápido fué del escultor al lecho,
Mas vida ni calor halló en su pecho,
Ni encontró junto á él su talisman.
Y á pesar del licor que le turbaba,
Encima de sus miseros despojos,
Llanto vertieron sus henchidos ojos,
Prensó su pecho doloroso afán.

Jamas supo explicarse aquella idea:
Y él hundió en el misterio mas profundo
Cómo salió Genaro de este mundo
Y el talisman de plata de una vez.

Y siempre que en su mente la memoria
De la vision fatal se renovaba,
Dudando de sí mismo murmuraba:
“¿Los demonios tenia, aquel Jerez!”

EL MONTERO DE ESPINOSA.

LEYENDA HISTORICA.

DOS PALABRAS DEL AUTOR

A D. CARLOS LATORRE.

Querido amigo:

Hé aquí estendido sobre el papel el pensamiento del talisman, de que tanto te pagaste cuando te lo anuncié. A tí, pues, va dedicado, como pequeña muestra del aprecio en que te tengo; y ojalá que lo escrito te agrade tanto como te agradó su argumento.

Y aconséjote de camino, que no hagas caso del sitio en que coloco esta dedicatoria; porque bien sea prólogo, ó bien epílogo, siempre será la expresion sincera del cariño que te guarda tu buen amigo

JOSE ZORRILLA.

Lector, si haces memoria,
Y mis leyendas por fortuna mia
Has leído algun día,
Recordarás la historia
De una linda francesa
Que á Burgos traje para ser condesa.
De ella te voy hablar, pues aunque entrada
En el sétimo lustro de su vida
Todavía era hermosa y muy querida,
Y de gente cabal galanteada.

Francesa fué, por consiguiente á España
Si no enemiga, á la verdad estraña.
Que aunque es la patria tan abstracta cosa,
Que á gozarla jamas ninguno llega,
Allá á su modo cada cual la juega,
Cual la vé para sí mas ventajosa.
El mas pobre mendigo,
En su miseria por lo menos quiere
De su patria el amor llevar consigo,
Aunque sea no mas para testigo
De que en su patria de miseria muere.

Esto es por lo que atañe al buen patriota,
Que en cuanto al extranjero
Los derechos de tal bizarro acota,
Do encuentra al ciudadano don dinero;
Mucho entonces de fé y de patriotismo,
Y al punto que lo atrapa,
Oro y patriota caen en el abismo
Donde, por Dios, que no darán con ellos
Los mismísimos monjes de la Trapa
Con oracion, conjuro ni exorcismo.
Y en cuanto á nuestra España y los franceses,
Bien claro la esperiencia nos lo habla,
Lo poco que á sus garras defendimos
Lo salvamos á nado en una tabla.

Mas porque no imagines que lo dicho
Es hijo ¡oh buen lector! de algun capricho,
Voy á contarte, pues aquí interesa,
Lo que hizo en su condado de Castilla,
Madre del conde actual, la tal francesa.
Lee, pues, y considera claramente
Lo que ha sido y será por mientras dure
En nuestra España la estrañera gente.

Y permite de paso
Que te advierta, lector, que de nosotros
Esto mismo y aun mas dirán acaso,
Y no sé yo si con razon, los otros.
Pero tal es el mundo, y es un hecho
Que cuando muchos á la par pleitean,
Por despechadas que sus causas sean,
Todos se creen con el mejor derecho.
Pero basta, por Dios, de digresiones,
Y entremos en materia,
Que el caso es grave y nuestra historia sería.

Gobernaba con próspera fortuna
En Castilla el leal Sancho García,
Atropellando audaz la media luna
Do quier que al campo por su mal salía.
Accehaban los moros sus fronteras